



Círculo Rojo

MOGAM



Antonio Buzarra Sagasti



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2018

Depósito legal: xxxxx

ISBN: 978-84-9183-997-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Buzarra Sagasti

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: xxxxxxxx

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

MOGAM

Renqueante, el tren correo que cubría la línea Bunsam - Mogam, circulaba por el interior de la selva. Faltaba muy poco para el amanecer. La solitaria Venus, apenas brillaba sobre el cielo, y en el horizonte una fina línea separaba la incipiente claridad del firmamento con la tenebrosa oscuridad de la tierra.

En la oscuridad de la noche, el débil foco de la locomotora rasgaba sutilmente las densas tinieblas que la envolvían. La cabeza del ayudante de maquinista, "Tommy", sobresalía por el lateral de la locomotora. Sus avezados ojos escudriñaban la vía en busca de algún obstáculo que hubiera sobre la misma. No era raro que el enfurecido viento del sur, hubiera depositado algún tronco sobre las traviesas. Máxime con el paso de la tormenta "Mary", que sólo unas horas antes había azotado la región.

—Mira bien Tommy —gritaba Marcus, el maquinista, al mando de aquella antigualla.

—Tranquilo "jefe" —respondió el aludido con resignada actitud.

Marcus, un hombre de unos cincuenta años y con un bagaje en la compañía de muchos lustros, era precavido. Bien sabía él, que además de los troncos, no era extraño encontrarse de vez en cuando algún pacífico facóquero, o lo que era peor, algún búfalo parado entre las vías. Por eso la velocidad no era excesiva por aquél tramo, apenas sesenta kilómetros hora.

Tampoco es que "Bussy", la vieja locomotora como la llamaban los maquinistas, pudiera hacer mucho más. El terreno no era escarpado. Típico de la zona, un mar de suaves lomas de arboleda seguían a pequeñas llanuras junto al río "Torsas", infestado de cocodrilos. La vía, trazada en un principio por la llanura, no siempre podía seguir el curso del mismo, ya que sus meandros hubieran alargado demasiado el trayecto.

Estaba a punto de amanecer, cuando Bussy subía por una loma. Aunque la cuesta no era muy pronunciada, apenas podía mantener un empuje constante. Bussy, que había conocido épocas mejores, aún recordaba cómo en su juventud tiraba sin grandes aprietos de una veintena de vagones cargados con madera desde Mogam al puerto de Calsdum. Allí embarcaban su preciada carga en pequeños buques mercantes, y por el río Seray la llevaban a las grandes industrias de Tora, la capital de la pequeña república que llevaba su nombre. Pero aquellas jornadas estaban muy lejanas, y ahora, en sus últimos días, circulaba con parsimonia entre los grandes árboles, arrastrando media docena de vagones de carga y algún que otro de pasajeros. De las entrañas de los vagones, como si de un gusano de luz se tratase, una tenue luz se escapaba. Unos pequeños focos, colocados sobre el dintel de las puertas de los compartimentos, eran los causantes de aquella fantasmagórica silueta. La suciedad de las pantallas y un gran número de bombillas fundidas, y sin reponer, hacían de aquel tren un espectro vacilante que con más pena que gloria avanzaba hacia su destino.

Los primeros rayos del sol sorprendieron a Bussy atravesando un puente sobre el río Torsas. Como una lanza certera, los rayos del padre sol, incidieron sobre los cristales de las ventanillas proyectando destellos luminosos en todas direcciones, como si de una incruenta batalla de luz se tratara. El suave traqueteo de los vagones mecía las pocas mercancías que transportaba al tiempo que acunaba a los escasos viajeros que sin mucha prisa viajaban en él. Como siempre, de madrugada, y tras una hora de maniobras, en el puerto de Calsdum (junto al recodo del río Seray), habían añadido un par de vagones destinados a los pocos pasajeros que día a día llegaban en el vapor Reina Cobra, el cual unía por el río a la capital, Tora, con Calsdum, ya que casi siempre alguno de los viajeros provenientes de la capital necesitaba desplazarse al interior, hacia Mogam, la perla de la selva como le llamaban.

Ese era el caso de Juan, un misionero recién salido del seminario, que junto a un comerciante de madera, dos ganaderos

y un profesor de la universidad de Tora, habían llegado ese día a Calsdum, a bordo del Reina Cobra.

En el interior de su compartimento, absorto en su lectura, Juan no se había percatado que las primeras luces del alba habían vencido a las tinieblas de la noche para dar nacimiento al nuevo día. Ignorante sobre este hecho, en ese momento toda su atención se centraba en el libro que sostenía entre sus manos. Era un libro de aventuras, si así se podía considerar la azarosa vida de Santa Catalina de Ayala, una esforzada misionera que había pasado toda su vida entre el intento de cumplir sus sueños y la cruda realidad, logrando al fin ser “misionera” y “santa”. Esa era la lectura que le había impedido ver a Juan el despuntar del sol sobre la selva, y que tan “amenamente” lo había estado entreteniéndolo durante toda la noche, como correspondía a un religioso como él, aspirante a lo “segundo”. De repente, cuando más embelesado estaba en su lectura, el pitido de Bussy, la locomotora, le hizo levantar la vista de su libro. Tras echar una mirada al exterior, murmuró un tanto somnoliento:

—¡Vaya!, parece que estamos llegando —susurró mientras se frotaba los ojos con los dedos pulgar e índice de la mano derecha, en un intento por quitarse el cansancio acumulado por toda una noche de lectura. Y añadió:

—Ya era hora, cuarenta y ocho horas de viaje por estos andurriales no son recomendables para nadie.

Se acercó una mano a la boca y mientras bostezaba con ostentación, acompañado de un sonoro “Uahhhhhhh”, echó otra mirada al exterior. La ventanilla de su compartimento estaba atascada hacia la mitad, cosa que en realidad a nadie le importaba ya que la temperatura del ambiente, casi tropical, no hacía necesario que ningún operario se hubiera preocupado por arreglarla. Juan en ese momento lo agradeció. Por su abertura penetraron los suaves aromas de amanecer, inundando el compartimento, lo que hizo que éste aún hiciese una inspiración mucho mayor, saboreando así mejor las fragancias

que por ella entraban. Durante unos segundos, mientras veía pasar la naturaleza salvaje frente a sus ojos, dio rienda suelta a lo que su cuerpo le pedía: una serie de bostezos acompañados con diversos estiramientos de las extremidades superiores e inferiores, seguidos por unos ruidos guturales imposibles de transcribir.

Fue todo lo que pudo emitir. De repente, y como si le hubieran dado un codazo, detuvo toda aquella exhibición artística al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Sorprendido, pero sobre todo avergonzado por su acto, abandonó su exhibición matinal, y volvió con rapidez su curiosidad al interior de su compartimiento por si alguno de sus compañeros de viaje, bien el profesor, o quizás el comerciante, le hubieran visto manifestándose de esa manera. Algo realmente imperdonable para él, ya que rompía las rigurosas reglas de urbanidad a las que estaba acostumbrado. Anticipándose a su siguiente paso, miró con el rabillo del ojo a izquierda y derecha, intentando descubrir las distintas reacciones de sus acompañantes al ver su actuación, antes de pasar por necesidad, al capítulo de las obligadas disculpas por su comportamiento. Cuál no fue su sorpresa al descubrir que estaba solo.

Por lo visto, durante la noche, los dos pasajeros que, como él, viajaban en aquel compartimento, habían llegado a su destino abandonando el tren sin hacer ruido.

—Parece que no he estado toda la noche leyendo. En algún momento me he tenido que dormir —recapacitó casi con alegría, pensando en que no tendría que dar explicaciones —¡Bien! Ya que estoy solo, qué más da, ¡al diablo con la urbanidad!

Y sin preocupación alguna, volvió otra vez a estirar brazos y piernas, en un intento por despejarse cuanto antes de la somnolencia que lo invadía, mientras pensaba no sin cierta ironía: “Son estos momentos de soledad, los que le reconfortan a uno haciéndole sentirse bien”.

Acabados sus estrambóticos movimientos, aunque seguía aún un poco soñoliento, intentó centrarse en el lugar donde esta-

ba. El sonido que le había arrancado de su lectura provenía de la locomotora a vapor que arrastraba el tren en que viajaba. Era el anuncio de la inminente llegada a la próxima estación, Mogam, la suya, ya que su viaje, de momento, se acababa allí.

Éste había comenzado dos días antes, aunque, en realidad, lo hubiese iniciado cinco años atrás, cuando movido por algo que en su momento él definió como fe, decidió ingresar en una orden religiosa. Sí, fue en ese instante cuando en realidad había iniciado el viaje, un periplo que tras cinco años le había llevado allí, a Mogam.

Hacía poco que había acabado el noviciado, y como casi todos los novicios, ya tenía un lugar donde comenzar su vida pastoral y misionera. Todos, o casi todos, sueñan con lugares perdidos, sitios recónditos e inhóspitos donde dar la vida por Dios si fuera preciso, lo cual no es tomado como una desgracia, sino como un premio. Pero el suyo no estaba muy lejano, había recibido la orden de quedarse en la Casa Central, cosa que en principio, como a todo misionero recién nombrado, no le había agradado; pero había hecho voto de obediencia por lo que acató la decisión de sus superiores. Él ignoraba aún que el motivo de no viajar a sitios lejanos había sido su capacidad e inteligencia demostradas durante los cinco años pasados allí. Todo ejército necesita soldados y oficiales, y en el ejército de Dios, Juan estaba destinado a hacerse oficial. Mientras tanto, a él sólo le habían llegado rumores sobre su posible cambio de situación, y pasar a la realización de una serie de estudios superiores en la misma Casa Central de la Orden.

Debido a todo esto, no esperaba hacer ningún viaje en especial, sólo ir a su pueblo para acompañar a su madre unos días y retornar enseguida al seminario. Pero el destino, siempre caprichoso con los sueños de los hombres, había dispuesto otra cosa. Así que, allí estaba Juan, en aquel tren, a punto de llegar a Mogam, a miles de kilómetros de la casa de su madre.

Una llamada urgente de su maestro y mentor, don Carlos Alzaga, eminente preboste de la Orden, había sido el motivo de

aquel repentino viaje. Obligado por las circunstancias emprendió su largo camino con rapidez hasta allí, hasta Mogam, donde la Orden tenía su “residencia de ancianos”. Situada en lo alto de una loma, los misioneros que habían sobrevivido al tiempo, al hambre, a las enfermedades, a los nativos belicosos o, simplemente a la vida, eran llevados a ese lugar donde esperaban con resignación y paz la llamada del Señor. Precisamente allí era donde en una cama yacente le esperaba su preceptor Don Carlos Alzaga.

Sólo hacía dos días que Juan era conocedor de la situación real de su amigo. Durante el noviciado, don Carlos Alzaga y él habían llegado a coincidir en muchas cosas, pero también era cierto que sobre otros temas sus opiniones eran por completo opuestas. Curiosamente, eran esas las que más les unían, pues se pasaban horas y horas discutiendo sobre cualquier cuestión con la que no coincidiesen sus pareceres. La elección del argumento no tenía importancia, el motivo podía ser el que fuese, sólo les movía el placer de ir desmembrando el asunto que aconteciera, según el dictamen de cada uno, para al final, como casi siempre, no llegar a ninguna parte, sólo el descubrir los distintos puntos de vista sobre el mismo hecho, sobre la misma verdad o mentira, según el oponente.

Hacía ya unos meses que no sabía nada de él. Bien pensado, desde que Juan había acabado el noviciado. Y justo ahora, cuando estaba a punto de comenzar su nueva etapa en el seminario, había recibido un telegrama con el ruego, y la autorización a la vez, para que fuese a visitarlo a Mogam, antes de incorporarse a su nuevo puesto. Juan, ignorante del motivo de la urgente llamada de su mentor, estaba un poco desconcertado, pues conociendo a su amigo, acostumbrado como estaba a ordenar, la palabra “ruego” no parecía estar en su vocabulario. ¿Qué era entonces lo que le había hecho cambiar de actitud? ¿Cuál era el motivo real de su llamada? Dudas y más dudas que hacían que un cierto sentimiento de temor y angustia le recorriera el cuerpo como un serpenteante latigazo. Juan ignoraba en ese momento que en la juventud de su amigo, siendo casi un novicio,

mientras estaba destinado en uno de esos rincones perdidos de la selva tropical adonde nadie quiere acudir, había cogido unas extrañas fiebres. Durante toda su vida las había padecido, soportándolas unas temporadas mejor que otras, pero siempre ocultando con sutileza su sufrimiento. Por desgracia, eran esas mismas fiebres las que le habían postrado en la cama de aquella casa, esperando desde allí despedirse del mundo. Sólo el orgullo de su mentor había hecho ocultar ese hecho a todo el mundo, únicamente los médicos que se encargaban del cuidado de la salud de la Orden sabían de su padecimiento. Pero aquella vez, él, el gran preboste de la Orden, don Carlos Alzaga, sabía que sería la última vez que padecería las dichas fiebres.

El telegrama había llegado a su poder hacía tres días, y ahora, tras dos de barco y tren, estaba a punto de alcanzar su destino. Mientras arribaba a la ciudad, su mente retrocedió cinco años atrás, justo cuando se encontraba en otro tren, a punto de llegar a otro lugar, con otra misión. En su mente no tenía muy clara la idea por la que había decidido profesar en la Orden, entrando al servicio de Dios. Aún hoy en día, no sabía la verdadera causa por la que se había hecho religioso. Puestos a repasar, su fe no le ataba lo suficiente como para ingresar, pero algo en su interior le inclinó a hacerlo. Quizás fuese la búsqueda de la verdad, una manera de poder luchar contra la injusticia o la pobreza, o las dos cosas a la vez, ¿quién sabe? O quizás, infectado por tantos y tantos sueños nobles de la juventud, los cuales, gracias a la sabiduría de la vida, muy a menudo se curan con la edad. Lo cierto es que un buen día viajó en otro tren muy parecido a ese, otro tren que le llevó a otro sitio, a otro lugar, a la ciudad santa, a la ciudad mágica, a Valtar. Con sólo escuchar su nombre, Valtar, las mentes de muchos infelices comenzaban a imaginar cientos de maravillas sobre ella. Otros exageraban sobre los portentos que en su “opinión autorizada” tenía la ciudad fantástica de Valtar. El caso es que la imaginación de los que lo escuchaban se avivaba, concibiendo falsas esperanzas para solucionar problemas que sólo existían en su des-

ilusionado corazón. Juan sonrió con cierta amargura durante un momento, mientras recordaba cómo él mismo había sido uno de aquellos infelices. Desde siempre había ardido en deseos por estar en la ciudad santa. Era el sueño de muchos de sus convecinos y de jóvenes que conocía, que sin dudarle un momento, deslumbrados por las mil y una historias que de ella se contaban, y quizás animados también por la ignorancia, se trasladaban con enseres y familia a Valtar. Y así, una vez en ella, demandarle el éxito al que creían tener derecho por el único mérito de estar allí.

Para su desgracia, entonces llegaba la realidad y con ella la decepción. La mayoría tenían que conformarse con un poco de pan, un trabajo mal pagado y un techo donde refugiarse, mientras añoraban volver a lo que, sin darse cuenta, habían dejado atrás: otro trabajo, otro techo, otro lugar. Aún así, muchos en su mente podían creerse afortunados, pensando en los que no habían logrado conseguir llegar a Valtar.

No era éste el caso de Juan. Él había acudido a la ciudad movido por su fe, con la intención de ingresar en el seminario y seguir los pasos de otros muchos que antes que él iniciaron el camino hacia Dios.

En aquel tren viajaba otro joven con las mismas intenciones que Juan, decidido a ingresar al servicio del Señor. Se llamaba Luis, y sus rasgos físicos se podrían resumir en dos palabras con un pequeño matiz, flaco y larguirucho, con ojos saltones.

Su compañero de viaje sí que bebía en la fuente de la fe, cosa que en un principio le produjo a Juan una sana envidia, estimulada, sin duda, por cada uno de sus actos, ya que en cada cosa o efecto veía la mano de Dios.

Durante el viaje habían comentado los motivos que les habían inducido a cada uno, sin dudar, a dirigirse a esa gran casa que era el noviciado de la Orden. Luis, le explicó una y mil veces la bondad divina de cualquiera de nuestros actos, y que desde el canto de un jilguero hasta la lluvia que riega los cam-

pos, son obra de Dios. En un principio, Juan escuchaba absorto las historias que contaba Luis, intentando ver lo mismo que su compañero en esas obras. Al no lograrlo, se llamó a sí mismo ignorante, y lo que fue peor, comenzó una pequeña duda sobre su vocación. A pesar de todo, vestido sólo con su fe y acompañado por su nuevo amigo Luis, cruzó el umbral del noviciado.

En aquel momento no sabía qué suerte le depararía el destino. Y como joven que era, para ayudar a la fe, llevaba la maleta llena de esperanza. ¡Qué poco tardaría en darse cuenta de la realidad de la vida! Pero nadie podía quitarle en aquel momento la dicha de su particular felicidad.

Allí, en el noviciado de la Orden, fue donde conoció a don Carlos Alzaga, a la sazón confesor y asesor espiritual del nuevo grupo de aspirantes. El recibimiento fue frío, como las piedras de aquel lugar. Desde lo alto de unas escaleras en uve, se limitó a darles la bienvenida con parcas palabras y a indicarles que siguieran al hermano portero. Nunca comprendió si aquello formaba parte de algún plan secreto para enseñar la humildad a los novicios. No es que esperase a la banda de la ciudad, pero unas palabras de aliento para comenzar la nueva vida que habían elegido no hubieran estado mal. Tampoco llegó a entender si eran necesarias para fortalecer el espíritu, la frialdad de la mirada del hermano portero y la austeridad de sus aposentos, los cuales no animaban a nadie. Durante esos cinco años había visto cómo algunos de sus compañeros decidían abandonar. Largas jornadas de estudio para alimentar el intelecto, tras interminables días de ayuno para alimentar el espíritu, fueron haciendo mella en muchos de ellos, viendo en consecuencia cómo desaparecía la fe en algunos y la salud en otros. Uno tras otro, con la frustración en su alma y la preocupación en el rostro, fueron desfilando de regreso a sus hogares. Poco a poco, el grupo inicial fue reduciéndose cada vez más, hasta llegar a los cinco que habían conseguido acabar. Entre ellos Luis, su compañero de viaje, el cual no había cambiado nada, seguía viendo en todo los designios de Dios.

Juan, a veces, después de observarle un rato, llegaba a admitir la posibilidad de que de verdad Luis fuese coherente con sus pensamientos. Recordaba un día, no muy lejano, en el que uno de los novicios tuvo un accidente muy grave, tan grave que las esperanzas de los médicos de salvarle casi se habían reducido a la medicina divina, lo que por otra parte era muy propio del lugar donde se hallaban. Luis, al igual que algún otro, pasó días enteros rezando por él, tanto es así que ya sólo admitían su salvación debido a la confianza en sus rezos.

Por fortuna el novicio mejoró y acabó curándose del todo, pero Juan siempre se hacía las mismas preguntas ¿qué habría pasado si no hubiera sido así y nuestro compañero hubiera fallecido? ¿Se habría roto la inquebrantable fe de Luis o habría comprendido que la mano de Dios no puede manifestarse al antojo de cada uno? ¿O quizás hubiese llegado a pensar que aunque nuestro compañero hubiera muerto, Dios seguía existiendo igualmente? Preguntas y más preguntas que quedaron sin respuesta. Pero la duda ya había hecho mella en el corazón de Juan, y a partir de ese momento nunca lo abandonó.

Todos estos recuerdos de situaciones ocurridas desde la llegada al noviciado y de todo el tiempo que pasó en él hasta el momento justo de dejarlo, se agolpaban en la mente de Juan, cada una con una eventualidad distinta o con un motivo diferente. Por desgracia, circunstancias muy distintas a las de entonces le encaminaban ahora, cinco años después, hacia la ciudad de Mogam.

Un chirrido agudo y ofensivo producido por las ruedas metálicas al frenar, seguido de un movimiento brusco le pilló a Juan desprevenido devolviéndolo de inmediato a la realidad del momento. Segundos después el tren paró en la estación. Juan se levantó de su asiento y, tras presionarse los riñones con las dos manos, como si fuera a doblarse hacia atrás, echó una mirada a través de la ventanilla. Su intención era intentar descubrir a primera vista qué clase de ciudad le estaba esperando al otro lado del andén. Para ello realizó primero un examen visual de la estación. Se trataba de un edificio marrón,

de un solo piso, con ciertas florituras en las cornisas, que intentaba dar al recién llegado una impresión de ciudad con cierta historia aunque eso no fuera cierto en absoluto. La tejavana que cubría el andén denotaba una cierta dejadez en su mantenimiento. Diversos agujeros de varios tamaños hacían pensar que eran ya varios los años que nadie se había preocupado de su reparación. La escasa pintura que sobre las paredes se había aplicado, tras un proceso normal de deterioro, hacía de la estación un conjunto ruinoso y abandonado. Cierto es que aquella mañana cumplía con su misión de proteger del fuerte sol, tanto a los viajeros como a todos los que por uno u otro motivo deambulaban arriba y abajo por los destartalados andenes. Tras la observación de lo que aquella estación le ofrecía, un solo pensamiento con cierto aire jocoso le vino a la cabeza: “Espero que no llueva mucho aquí, de otro modo lo pasarán mal”. Tras ese breve pensamiento, apartó los ojos de la ventanilla y, decidido, se dedicó a hacer los preparativos para abandonar el compartimento.

Empinándose un poco, recogió su bolsa de viaje del estante que sobresalía de la pared por encima de su cabeza, dejándola a continuación en el asiento. Después, se frotó la cara con una clara intención de despejarse, y acto seguido se pasó la mano por el pelo utilizando como peine los dedos entreabiertos. Se arregló un poco la ropa, y creyendo que ya estaba más o menos presentable, se dispuso a salir del compartimento. No sabía quién le estaría esperando en el andén y tenía que causar a quien fuera una buena impresión. Aunque la “impresión” y la sorpresa se la llevó él, pues cuando puso el pie en la estación, ésta se hallaba casi vacía.

Con la esperanza de encontrar una cara amiga miró a su alrededor. Dormitando bajo las tejavanas se hallaban varias personas intentando engañar el intenso calor que poco a poco se iba adueñando del ambiente. Un poco más allá, a la sombra de los vagones estacionados, otro grupo de hombres desafiaban las mismas inclemencias. Eran estibadores que esperaban a los trenes que sobre todo de madrugada, y algunos menos al atardecer, solían llegar a la

ciudad, con la esperanza de ser uno de los elegidos para vaciar las entrañas de los vagones a cambio de un poco de dinero.

Una vez hecho el repaso, volvió su mirada hacia el andén donde sólo unos pocos esperaban a los escasos viajeros, y entre ellos ninguno aguardaba a Juan. Éste se dio cuenta enseguida y con una cierta sorna que le caracterizaba, hizo un comentario muy acorde a su manera de ser.

—¡Hombre!, no es que esperara a la comisión de festejos de la ciudad, pero qué menos que un monje para indicarme el camino —dijo mientras miraba a derecha e izquierda, intentando descubrir algún hábito como el suyo o alguna cara amable que se dirigiese hacia él con intención de ayudarlo. “Está visto Juan que aquí no aparece nadie” pensó con cierto sinsabor al percatarse de la realidad.

—Bien, pues si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá la montaña —comentó con cierto sarcasmo mientras se disponía a abandonar el andén en busca de la casa de retiro de la Orden.

Recogió su escaso equipaje y comenzó a caminar hacia la salida de la estación. Una vez fuera, con el edificio a sus espaldas, miró a su alrededor en busca de alguien a quien preguntar o de algún medio de locomoción para poder llegar a su destino.

No fue preciso hacerlo. Dominando la ciudad como si de una deidad se tratara, destacando sobre el resto de edificaciones, se hallaba una impresionante construcción antigua sobre una pequeña loma cercana. Parecía un antiguo convento románico que sobresalía sobre las demás construcciones. Allí, recortando su figura contra el cielo azul, flanqueada por un pequeño bosque, parecía vigilar a todos sus habitantes. Un camino bien marcado salía de la casa de reposo en dirección a las primeras casas de la ciudad.

—Bueno, no es el camino de baldosas amarillas, pero por lo visto es el que debo seguir —comentó ya un poco más distendido.

Juan comenzó a caminar por la calle en dirección adonde parecía que el camino moría a la entrada de la ciudad. La gente andaba en direcciones opuestas, apartándose al paso de Juan, aunque a ninguno

pareció extrañarle ver a un joven religioso con su maleta a cuestas. Tras caminar durante unos minutos, llegó al lugar donde empezaba la evidente senda, una vez allí echó otra mirada al desafiante monasterio que le esperaba en lo alto de la colina. El sol comenzaba a coger fuerza cuando con paso firme y decidido inició su andadura. El cansancio acumulado en dos días de viaje, primero en el Reina Cobra y luego en aquella cafetera, no le estaba beneficiando, y a pesar de que Juan todavía era muy joven, comenzó a causarle mella, haciendo que la ascensión por aquel camino se hiciera cada vez más fatigosa. A pesar de todo, poco a poco fue subiendo por el bien marcado sendero a través de la loma, y tras veinticinco minutos escasos llegó ante una inmensa puerta. La respiración fatigada y el pulso acelerado le obligaron a esperar durante unos segundos para recuperarse antes de intentar siquiera golpear aquella mole. Por fin, en apariencia restablecido, se decidió a llamar. Buscó, sin hallarla, una campanilla o cuerda que sirviese al uso; sólo encontró un picaporte acorde en su tamaño a la puerta que tenía que aporrear. Dos golpes secos, dados con fuerza, apenas inquietaron a la inmensa puerta, pero hicieron que se abriera una portezuela mucho más pequeña, justo al lado de la primera, por la que asomó la cabeza de un asustado fraile. Su cara denotaba un notable desconcierto, como si se le hubiera pillado por sorpresa en medio de sus rezos matinales.

—¿Quién llama a la casa de Dios? —preguntó el religioso, mientras sujetaba la puerta con la mano.

—Soy el padre Juan Mendieta —respondió de modo casi solemne.

—¿El padre Mendieta? —preguntó con vacilación el religioso mientras juntaba las dos manos como para disculparse.

—Sí, soy yo —contestó Juan un poco perplejo por la pregunta.

—¿El padre Mendieta?, ¿el amigo de don Carlos Alzaga? —volvió a preguntar mientras iba cambiando el gesto de su cara.

—Sí, sí —contestó, reiterándose en su respuesta un tanto extrañado. “Parece que a este monje le ha dado demasiado el sol”,